

TEOLOGÍA Y VIDA

Teología y Vida

ISSN: 0049-3449

cmejiasm@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile

Chile

Discurso del decano, padre Samuel Fernández Eyzaguirre, en la bendición del nuevo edificio San Alberto Hurtado de la Facultad de Teología en el Campus San Joaquín
Teología y Vida, vol. XLIX, núm. 4, 2008, pp. 941-950
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32214689017>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CRÓNICAS

Discurso del decano, padre Samuel Fernández Eyzaguirre, en la bendición del nuevo edificio San Alberto Hurtado de la Facultad de Teología en el Campus San Joaquín

Señor Cardenal, señor Rector, señor Vice Gran-Canciller, autoridades académicas y eclesiásticas, queridos colegas, funcionarios, alumnos, y amigos de la Facultad.

Hoy es un día de acción de gracias. Por ello, estas palabras que me corresponden de pronunciar a nombre de la Facultad de Teología, en especial de mis colegas, quisieran servir de preparación a la Eucaristía, la gran acción de gracias y la gran bendición, que celebraremos en algunos momentos más. La fidelidad de Dios en estos más de 70 años de historia de nuestra Facultad es el motivo que nos impulsa a dar gracias, es lo que fundamenta nuestra esperanza, y lo que nos permite mirar el futuro con optimismo. Por eso hoy bendecimos a Dios.

Como Facultad, agradecemos la presencia del señor Arzobispo y Gran Canciller de nuestra Universidad, Cardenal Francisco Javier Errázuriz, que hoy nos preside en esta celebración y que invocará la bendición de Dios sobre este nuevo edificio. Agradecemos al señor Rector, Doctor Pedro Pablo Rosso, por su efectivo interés de poner a la Teología al centro de la Universidad, para que, en diálogo recíproco y fecundo con las demás disciplinas, nuestra casa de estudios pueda cumplir la misión que el Sagrado Corazón le ha encomendado desde sus inicios, hace ya 120 años. Un agradecimiento particular al Vice-Gran Canciller, Mons. Andrés Arteaga, al Prorector, Carlos Williamson, a Francisco Matte y a Carlos Vio, por su decisivo compromiso con la realización de este proyecto. Asimismo, agradecemos a José Luis del Río, Jorge Matetic, Juan Eduardo Errázuriz y tantos otros que, de una u otra forma, han colaborado con generosidad para que el proyecto de una nueva sede para Teología hoy sea una realidad. Agradecemos al Arquitecto, Teodoro Fernández: las normales, y providenciales, demoras para iniciar la construcción permitieron que el proyecto de arquitectura contara con plazos más amplios para su desarrollo y maduración, y los resultados están a la vista. Gracias, también a la empresa constructora GREVIA, a sus directivos y a cada uno de los obreros que, soportando el peso del sol y el frío de la lluvia, con mucho cariño dieron realidad concreta al edificio por el cual hoy bendecimos a Dios: ellos han colaborado con Dios en esta bendición. Asimismo, un agradecimiento a nuestros funcionarios, que son como el alma de este nuevo edificio; al personal de aseo y a cuantos dan un ambiente familiar a nuestra Facultad.

Un agradecimiento especial a María Luisa Arenas, Directora del Sistema de Bibliotecas, y a todo su equipo, que en múltiples reuniones con la Facultad y con el

Arquitecto lograron interpretar muy bien el espíritu austero de estudio y silencio que debe reinar en una biblioteca de teología.

Si miramos más atrás, al inicio de nuestra historia, debemos un muy sentido agradecimiento a Mons. Carlos Casanueva, el Rector que tuvo como su “*más vehemente deseo*” la fundación de la Facultad, a la señora Isabel Brown, representada por uno de sus parientes, y a San Alberto Hurtado que colaboró de modo decisivo en la fundación de la Facultad, y hoy la Iglesia lo propone como modelo de vida cristiana vivida en toda su radicalidad. Las circunstancias de la fundación de la Facultad explican por qué el nuevo edificio lleva el nombre de San Alberto Hurtado.

COLABORACIÓN DE SAN ALBERTO EN LA FUNDACIÓN DE LA FACULTAD

Durante el rectorado de don Carlos Casanueva se volvió una y otra vez sobre la necesidad de contar con una facultad de teología (1). En la mente del Rector Casanueva estaba mejorar los estudios eclesiásticos y “*abrir cursos de Religión Superior para seglares, para formar la “élite” católica*” (2). Con este propósito, en 1934, se forma una comisión especial presidida por el rector e integrada el rector del Seminario de Santiago y otros presbíteros (3). Esta comisión le escribe al joven sacerdote, recién doctorado en Lovaina, Alberto Hurtado, para pedir opiniones acerca de la conveniencia de fundar una facultad de teología en Chile. El Padre Hurtado, después de consultar a grandes profesores de Lovaina, apoya con mucho entusiasmo la creación de la nueva facultad. Afirma:

“Una facultad de Teología en la Universidad, además de completar y coronar los estudios universitarios, permitiría tener en Chile un grupito de mucha competencia. A ellos podría acudirse para pedir orientación en los problemas, cada vez más agudos, que se irán presentando [...]. Estos estudios más profundos y más modernos son necesarios para realizar un verdadero apostolado intelectual en Chile”.

Al mes siguiente, Alberto Hurtado recibe el encargo de buscar profesores para poder comenzar con la Facultad de Teología. Largas y detalladas cartas dan cuenta del enorme esfuerzo realizado por San Alberto para conseguir profesores. A don Carlos Casanueva le relata un viaje especial para entrevistarse con profesores que, a pesar de ser un viaje rápido, le exigió 120 horas de tren. La lista de candidatos es larguísima y los resultados fueron más difíciles que lo esperado, porque buscó solo profesores de primer nivel. Además colaboró con la formación de la Biblioteca.

(1) Cf. R. Krebs, Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago 1988, I, pp. 373-375.

(2) Cf. R. Krebs, Historia..., vol. I, pp. 374.

(3) Cf. Actas del Consejo superior, Libro III, sesión del 11 de julio de 1934.

Llama la atención la claridad de nuestros fundadores en la necesidad de aspirar, desde el inicio, al carácter universitario de los estudios de teología y al mejor nivel académico. En noviembre de 1934, el Rector Casanueva manifiesta su gratitud al Padre Hurtado:

“Muy agradecido, muy agradecido, y no tengo palabras cómo expresártelo, estamos muy agradecidos de tu admirable diligencia para conseguir los profesores de nuestra Facultad de Teología, que tiene ya su casa propia, un magnífico palacio, a una cuadra de la Universidad y a cuatro del Seminario” (4).

Asimismo, en otra carta le expresa:

“la inmensa gratitud que te debo por tu empeño tan abnegado, tan inteligente, tan atinado y tan cariñoso, que jamás podré pagarte y solo Dios podrá recompensarte debidamente; después de Dios y de la persona que ha hecho esta fundación, a nadie le deberá esta Facultad tanto como a ti” (5).

Además, en el discurso oficial del Rector Casanueva en la solemne inauguración de la Facultad, el día 1 de abril de 1935, el único agradecimiento que va con nombre y apellido es el dirigido al Padre Alberto Hurtado que ni siquiera estaba presente, porque aún no había regresado a Chile. Estos documentos contemporáneos a los hechos son una prueba del carácter decisivo de la colaboración de San Alberto Hurtado en la fundación de nuestra Facultad y de su efectiva preocupación por la seriedad de los estudios teológicos para la formación sacerdotal.

Al otorgarle su nombre al nuevo edificio, la Facultad no solo ha querido renovar este agradecimiento, sino también proponer a San Alberto Hurtado como modelo de santidad para nuestra comunidad académica.

¿CUÁL ES LA MISIÓN DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA?

El nuevo edificio, además de tantas ventajas prácticas, implica algo mucho más profundo. La nueva ubicación física, en el corazón de este gran campus, implica una nueva situación para la Facultad al interior de la Universidad. Esta situación nueva nos invita a preguntarnos acerca de nuestra misión.

Los actuales Estatutos, promulgados en 1987, al definir la naturaleza y los fines de la Facultad, afirman: *“La Facultad tiene como tarea inmediata investigar, enseñar y comunicar la Revelación de Dios en Jesucristo, percibida por la fe en el interior de la Iglesia y en el contexto histórico, y estudiada con la metodología científica adecuada”*.

Llama la atención el orden de las tareas: *Investigar, enseñar y comunicar*. Aquí resuenan, naturalmente, las tres misiones de la universidad, pero con una diferencia:

(4) Carta de Carlos Casanueva a Alberto Hurtado, 13 de noviembre de 1934.

(5) Carta de Carlos Casanueva a Alberto Hurtado, 13 de diciembre de 1934.

el primer lugar lo ocupa la investigación, y no la docencia. Esta prioridad de la investigación refleja, tal vez, lo propio de una facultad de teología. Una institución de enseñanza teológica sin investigación no es propiamente una facultad de teología. Esta prioridad no es casual, cuenta con una larga tradición y se encuentra en la Constitución Apostólica *Sapientia christiana*, del querido siervo de Dios, Juan Pablo II. En ella se establece que las finalidades de las facultades eclesiásticas son: 1. Cultivar, mediante la investigación científica, el conocimiento de la Revelación cristiana; 2. Dar formación superior a los alumnos y 3. Colaborar con la Iglesia en su labor de evangelización.

Esta precedencia de la investigación es inherente a una facultad de teología. Ya que sin investigación, la enseñanza se vuelve repetición y en vez de orientar la acción pastoral de la Iglesia, la extravía.

Pero esta prioridad de la investigación no tiene solo motivos prácticos. No se trata solo de reflexionar en función de una acción más eficiente. La teología nace como una exigencia de la naturaleza del hombre: “*Todo hombre desea, por naturaleza, saber*”, declara el inicio de la Metafísica de Aristóteles, y, por lo tanto, “*la búsqueda de la verdad es una exigencia a la cual la Iglesia no puede renunciar*”. La disciplina teológica no nace, entonces, como una necesidad práctica en función de la enseñanza. De hecho, históricamente, los teólogos son anteriores a las escuelas de enseñanza teológica. La teología tiene su punto de arranque en el deseo de comprender al Dios que se revela: es una búsqueda gratuita y creyente de comprender la propia fe; es la fe que busca su comprensión. Y esta búsqueda de Dios, en ambiente académico, orientada por el método científico, se llama investigación teológica. Tal como ha afirmado recientemente el Papa Benedicto, recordando el título de un libro de Jean Leclercq, *el deseo de Dios incluye el amor a las letras*. Es este deseo de adentrarse en el misterio de Dios que la Facultad quiere compartir con sus estudiantes.

Es una gran alegría para un profesor comprobar que los alumnos participan activamente en esta búsqueda. Ciertamente, hay gran satisfacción en el profesor cuando escucha una respuesta correcta, pero hay una satisfacción aún mayor cuando escucha una pregunta bien formulada. Cuántas veces, nuestros estudiantes con sus preguntas y objeciones, aun sin saberlo, colaboran en la investigación de los profesores. El que pregunta bien nunca deja de aprender. Comprendida así, la investigación no es una actividad solipsista, sino que nace desde fuera y adquiere sentido cuando se transmite, y se comprueba que el Evangelio verdaderamente ilumina la vida humana. Así, *investigar, enseñar y comunicar* no son más que una única tarea.

La teología nace, entonces, como una exigencia de la naturaleza humana que busca la verdad, y no solo la verdad práctica, inmediata, sino la Verdad completa, la que da sentido a su existencia.

En la sociedad moderna, marcada por la especialización, las universidades corren el riesgo de transformarse en un conjunto de institutos de enseñanza superior. Pero el espíritu auténticamente universitario descubre que, en las diversas actividades universitarias, resuena una interrogante común, una tarea común, y una finalidad común.

Hay una gran pregunta inscrita en el corazón de cada ser humano, y la teología está llamada a colaborar para que esta pregunta se formule y se enfrente de modo

radical. Es la pregunta que, en medio de lo provisorio, busca lo definitivo. Así, el carácter universal de esta inquietud y el carácter universal de la razón no solo *justifican*, sino incluso *exigen* la presencia de la teología en la universidad. Relegar la pregunta radical acerca de Dios al ámbito de lo privado y de lo subjetivo sería una traición a la naturaleza humana, que no deja de preguntarse por la totalidad. Por ello, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo hoy el fundamento de toda verdadera cultura.

De este modo se entiende la trascendencia del traslado de la Facultad de Teología al Campus San Joaquín. Si, tal como lo plantea la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, “*la Universidad Católica es el lugar donde los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica*” (ECE § 15), en este examen no puede faltar la luz de la fe. Y el Papa Benedicto, ante la asamblea de los episcopados latinoamericanos en Aparecida, introducía esta crucial pregunta, tan pertinente al mundo universitario:

“¿Qué es esta ‘realidad’? ¿Qué es lo real? ¿Son ‘realidad’ solo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de ‘realidad’ y, en consecuencia, solo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas”.

La sola lectura de estos párrafos nos orienta al centro del problema. Nosotros creemos que no se puede comprender la realidad del hombre sino a la luz de la fe. Y, por lo tanto, no se puede comprender *académicamente* al hombre, sino a la luz de una fe *reflexionada*. Por eso, en el ámbito universitario, la fe que ilumina el saber humano debe ser una fe que busca su inteligencia, una fe pensada, una fe reflexionada, que efectivamente sea capaz de iluminar nuestra mirada sobre el mundo, sobre el hombre, y sobre Dios, fundamento de todo lo que es. Si todo cristiano está llamado a dar razón de su esperanza, con mayor razón debe hacerlo el universitario. La misma constitución *Ex corde Ecclesiae* especifica cuál es la función de la teología en la universidad:

“La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. La teología presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado [...]. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales” (ECE § 19).

De este texto se desprende un doble enriquecimiento como fruto de la presencia de la teología en ámbito universitario:

- a. Por una parte, la teología enriquece a la Universidad, dado que “*El misterio del hombre solo se resuelve a la luz de Jesucristo*”. La inviolable dignidad del hombre, su vocación a la vida plena y definitiva, su apertura al Dios trascendente, condicionan la respuesta de las preguntas urgentes. Ante los acuciantes desafíos actuales: ante la globalización y el ambivalente progreso tecnológico; ante la situación de pobreza y de injusticia que viven tantos hermanos nuestros, en particular en nuestro continente latinoamericano, ante los problemas del medio ambiente, la ética de las comunicaciones, el fascinante y desafiante misterio de la familia; frente a la discusión sobre la dignidad y el origen de la vida, ante el misterio la libertad humana, ante la comprensión de la historia, frente a los paradójicos dilemas del pluralismo y la búsqueda de la verdad, ante cuestiones laborales, etc., en fin, ante tantos problemas actuales, la verdad acerca del hombre revelada por Jesucristo tiene una contribución específica que aportar. De hecho, la catolicidad de una universidad se juega no sólo en el plano ético y del testimonio, sino también en el plano del pensamiento. La catolicidad de nuestra Universidad depende también de su capacidad de integrar orgánicamente la revelación de Jesucristo como horizonte fundamental de su actividad académica.
- b. Por otra parte, la teología se beneficia mucho en su contacto con las demás disciplinas, puesto que la interacción con las otras ciencias y sus hallazgos le proporciona una mejor comprensión del mundo de hoy, haciendo que la investigación teológica responda mejor a las exigencias actuales. Además, porque creemos que la realidad es creación de Dios, en Cristo, reconocemos que el conocimiento profundo del mundo y de su historia es también revelación del rostro del Creador. Por ello, la teología tiene mucho que aprender de las demás disciplinas. Porque el mundo es revelación de Dios.

LA TRASCENDENCIA DEL TRASLADO

De esta manera, se entiende la trascendencia del traslado que hoy se verifica, que inserta la Facultad en medio de la Universidad. Pero esta inserción ha tenido una larga historia. Inicialmente, de acuerdo a la sensibilidad y a los usos de la época, la Facultad funcionó en una sede independiente del resto de la Universidad, en la casa Ghiliotto, de Alameda 224. Pero en octubre de 1961, aún antes de la celebración del Concilio, habían cambiado los tiempos, y el Decano McGrath, en su discurso de despedida ante el Consejo Superior, afirmaba la conveniencia de una mayor integración:

“Estimamos que la Facultad de Teología, orientadora del pensamiento cristiano de las demás facultades, ha de encontrarse en la Ciudad Universitaria, en contacto intelectual continuo con el pensamiento universitario”.

La Facultad siguió funcionando en sede aparte, hasta que en 1968, por causa de la Remodelación San Borja, la casa de la Facultad fue expropiada. Ante esta situación, en la reunión de Consejo Superior del 24 de octubre de 1967, se propone como

solución habilitar los espacios necesarios para la Facultad de Teología en la Casa Central, como una solución transitoria, mientras se construía, en el Campus [San Joaquín], las instalaciones definitivas. Desde 1968, la Facultad funcionó en la Casa Central hasta su traslado al Campus Oriente, en 1973, donde nuestra Facultad permaneció casi la mitad de su vida.

Con todo, la integración de Teología en la Universidad ha sido valorada de diversas maneras. En años de mayores tensiones, incluso fue propuesto sacar del Campus Oriente a la Facultad de Teología, para ubicarla en un lugar aparte (el decano correspondiente llegó a visitar la eventual nueva sede, en la calle Matucana). Pero, felizmente, la propuesta que no fue aceptada por la asamblea de profesores, por su interés de estar insertos en la Universidad. El recuerdo de estas circunstancias, que forman parte de nuestra historia, tiene el solo propósito de destacar la trascendencia y el hondo significado del actual traslado. Gracias a Dios, hace ya un par de décadas estas tensiones han sido superadas por nuestros predecesores, y la integración de la Teología en la Universidad ha sido un proyecto común.

Este recíproco, efectivo y sostenido deseo de integración mutua, la voluntad de la Dirección Superior y de la Facultad, unido al desarrollo del campus San Joaquín y del Plan de Formación General, ha dado como resultado la reactivación del plan del traslado. Durante el decanato del profesor Juan Noemí, en septiembre de 2001, en una carta dirigida al Prorrector, se formalizaba que “desde ahora se activa el plan de traslado a un edificio adecuado en el Campus San Joaquín”. De este modo, después de tantas vicisitudes, el Señor por su gracia nos concede que sea una realidad el antiguo anhelo, expresado en 1961, de que Teología esté situada “en contacto intelectual continuo con el pensamiento universitario”.

LIMITACIÓN Y GRANDEZA DE LA TEOLOGÍA

Naturalmente, en esta nueva situación, enfrentamos altos desafíos, que superan nuestras capacidades. Al recorrer los documentos que se conservan en el archivo de nuestra Facultad, junto a las expresiones de satisfacción y de confianza en Dios, llama la atención la clara conciencia de la insuficiencia de nuestros medios humanos para realizar una misión tan alta.

A modo de ejemplo, Manuel Larraín, al año siguiente de la fundación de la Facultad, le escribía a don Carlos Casanueva: “*No cabe duda que Nuestro Señor vela por la Facultad de Teología. Después de mi última conversación con usted sobre los profesores que faltan, no puedo ocultarle que quedé preocupado. Yo espero mucho de la Facultad; creo que el Sagrado Corazón la ha fundado para efectuar por medio de ella el realzamiento del clero en nuestra patria y América, pero esto exige profesores muy preparados y de mucho espíritu interior, que enseñen no sólo a conocer sino a vivir y a hacer vivir el dogma y la moral*”. Estas dificultades debió enfrentarlas el primer decano, Eduardo Escudero, y luego Juan María Restrepo. El Padre Weigel, en 1945, preocupado de la poca investigación, decía: no basta averiguar las fórmulas históricas es necesario entender su alcance moderno y su sentido eterno. Ramón Echániz en 1950, se lamentaba que no “aca-

be de estabilizarse un cuadro suficientemente holgado de personal docente”. A su vez, don Carlos Oviedo, en 1962, señalaba la deficiencia para encarnar el pensamiento teológico en las realidades concretas del país, y Florencio Hoffmann buscaba el modo de actualizar, con escasos recursos, la teología para laicos. El decanato de don Jorge Medina también se abocó a la difícil tarea de consolidar la planta académica.

En 1970, Juan Ochagavía hacía sentir la dificultad de la heterogeneidad de formación y expectativas de los alumnos. Años más tarde, el Padre Pedro Gutiérrez se lamentaba de las graves tensiones sociales que habían entorpecido la vida interna de la Facultad. En 1976, Beltrán Villegas señalaba que la planta académica se encontraba peligrosamente débil. Tres años después, don Antonio Moreno hacía notar la baja proporción de profesores de tiempo completo. El Padre Eliseo Escudero manifestaba su preocupación por la falta de espacios, recursos y sobre todo personal académico dedicado a la investigación. Miguel Ángel Ferrando, en 1994, miraba con preocupación la sistemática disminución de alumnos propios. El Padre Sergio Zañartu, en su última cuenta decanal, se preguntaba: *¿Se encontrarán profesores jóvenes que puedan consagrarse con austeridad a la actividad intelectual para reemplazar a los actuales maestros?* Y Sergio Silva, al finalizar su segundo decanato, insistía en que, con los recursos disponibles, la Facultad no era capaz de realizar la investigación necesaria para estos tiempos de intenso cambio cultural. Asimismo, hace pocos años, el decano Noemi advertía el “*estado de debilidad orgánica*” de la teología en las iglesias latinoamericanas, aludiendo a palabras del Papa Pablo VI.

Estos y otros documentos expresan preocupación, y una cierta sensación de insatisfacción por el modo en que se dan las cosas en la Facultad. Los motivos más inmediatos que explican estas dificultades son, naturalmente, la poca valoración de la sociedad por la reflexión teológica; la poca valoración de la actividad intelectual por parte de nuestra cultura eclesial; el activismo, que busca rápido los resultados; el atractivo de los frutos inmediatos; la desproporción entre la escasez de personas consagradas y la amplitud de la tarea eclesial, etc.

Ciertamente, estos motivos explican en parte la incomodidad manifestada por las autoridades de la Facultad. El decano McGrath, a propósito de la necesidad de luchar para lograr una real consagración al estudio, afirmaba: “*Esta es una batalla, me parece, que tendrá que librarse sin tregua*”. No cabe duda que hay mucho que hacer y se puede avanzar mucho para contar con profesores consagrados y lograr que, durante el período de formación, los estudiantes puedan verdaderamente consagrarse al estudio; es cierto que se debe luchar por una mayor valoración de la reflexión teológica tanto en la sociedad como en nuestra propia cultura eclesial. Pero la raíz última de esta insatisfacción ante la tarea realizada, tan presente en la conciencia de nuestra Facultad, reside en la naturaleza misma de la teología.

La teología consiste en comprender, con la mente humana, la revelación de Dios; es la Palabra divina pensada en palabra humana; es la búsqueda de avanzar en la comprensión del misterio fascinante y tremendo que, por definición, nos supera.

Hay muchos ámbitos en los que podemos mejorar. La historia de la Facultad es la historia de los esfuerzos, con aciertos y desaciertos, por procurar el ambiente más

propicio para la investigación, la enseñanza y la transmisión de la teología. Pero, podemos declararlo abiertamente, en esta ocasión y ante esta asamblea: siempre haremos nuestra tarea de modo insuficiente, porque, por definición, nunca estaremos a la altura de nuestra propia misión. Dios siempre nos supera y la teología siempre será una reflexión precaria, provisoria y, en parte, inadecuada sobre el misterio del Dios, “que habita en una luz inaccesible” (1Tim 6,16).

No obstante lo anterior, estamos llamados a hacer teología, porque la Palabra de Dios se hizo carne. El misterio de la encarnación no solo nos *autoriza*, sino que nos *urge* a hacer teología, porque, según la expresión de León Magno, el Hijo de Dios, “*El que es consubstancial a Dios Padre, se dignó hacerse consubstancial a la Madre*”. El misterio de María, la Madre de Dios, nos recuerda que la naturaleza humana, es decir, nuestra propia naturaleza humana, históricamente situada y culturalmente condicionada, ha sido y sigue siendo capaz de acoger al Dios verdadero en condición humana. Recorrer los misterios de la vida de Jesús junto a María, tal como nos recuerda la fiesta del Rosario que hoy celebramos, nos hace reconocer que el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha vuelto Aquel que “*contemplaron nuestros ojos y tocaron nuestras manos*”. Por ello, el ícono de la Madre de Dios, que custodia el acceso de nuestra Facultad, es un estímulo para nuestra labor teológica. Pues manifiesta que el Hijo de Dios se ha unido irreversiblemente a la humanidad, se ha vuelto palpable, se ha expresado en nuestra lengua y ha actuado en nuestra historia. De este modo, nuestra lengua, nuestra razón y nuestra historia se han mostrado como vehículos capaces de revelar a Dios.

Esta desproporción entre Dios y el hombre asegura el carácter siempre precario y provisorio de nuestras reflexiones teológicas; y es el misterio de la encarnación el que asegura el vínculo real entre la palabra humana y la Palabra divina. Por ello la teología debe ser la más humilde de las disciplinas. Humilde, por la precariedad de sus fórmulas, y humilde por la conciencia de haber recibido realmente un don que nos supera.

Por eso, los mismos documentos, conservados en el archivo de la Facultad, junto con expresar preocupación, manifiestan una honda acción de gracias. Sería muy largo citar cada uno de los textos, pero cada una de las cuentas anuales de los decanos concluyen con una sincera acción de gracias a Dios.

Es el mismo agradecimiento que hoy, en nombre de la Facultad, quisiera declarar con renovada intensidad. Una acción de gracias que no se apoya en los logros conquistados sino en la comprobación de que el Espíritu de Dios ha concedido fecundidad a la labor realizada.

Las personas que visitan nuestra nueva Facultad destacan sobre todo la belleza de la luz del edificio. Es un hecho curioso y una metáfora de nuestra labor. Sabemos que la arquitectura puede crear el espacio para acoger la luz, puede realzarla, filtrarla y puede trabajar con ella para aprovechar sus potencialidades. Pero la luz no es obra nuestra, no hubo que cotizarla ni comprarla, simplemente la recibimos de lo alto, como un don gratuito. Así también es nuestra labor académica. La actividad académica, si no cuenta con el Espíritu que viene de lo alto, es como esos huesos secos de la profecía de Ezequiel, que leemos en la Vigilia Pascual. Por ello, la auténtica teología es la teología orante y contemplativa. Y es por eso, hoy elevamos nuestra oración para pedir la bendición del Señor; por eso, al centro de nuestra

celebración estará la Eucaristía, que toma de lo nuestro y lo eleva hasta ser su propia presencia: porque sabemos que nuestro trabajo teológico solo si cuenta con el don de la gracia puede ser fecundo para el servicio de la Iglesia y para la vida del mundo.

¡Muchas gracias!